

Palabras

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es

En ocasiones, algún lector me hace saber que en mis artículos empleo vocablos no usuales y de difícil comprensión. Idéntica queja recibo de otros no-lectores, que encuentran sobrada justificación en el antedicho uso lingüístico para eludir la lectura de mis modestos textos, cuestión que, por lo demás, habrán de comprender que me trae al paio.

Suelo contestar que no sería adecuado que me expresara en mis artículos de opinión como quizá lo haría en una charla de taberna. Me parece normal que en un escrito en el que se vierten ideas, con independencia de que el lector las comparta o las repudie, se utilice (o al menos se intente) un lenguaje cuidado. En primer lugar, porque es un disfrute aprovechar la riqueza de nuestro idioma español o castellano. En segundo, porque el uso de ciertos términos no tan usuales debería despertar la curiosidad por descifrar su significado, afán enriquecedor para el que contamos con el auxilio de los diccionarios, herramientas imprescindibles. Por supuesto, les diré que escribo para personas mayores, para un público al que supongo lector, lo que debería hacernos obviar todo lo dicho.

Pero, en fin, mi afición a la escritura, que trae causa de mi pasión por la lectura, encuentra magníficos aliados en los escritores que dejan fluir su imaginación o transcriben sus pensamientos exhibiendo su riqueza léxica. Distingo desde hace años entre libros que se leen sin ayuda, y otros que precisan del bloc de notas, para anotar ideas o frases agudas, y del diccionario, para embebernos del caudal literario.

De otra parte, pretender que quien escribe no utilice recursos dialécticos, giros lingüísticos o virguerías gramaticales sería algo así como ordenar a Messi que se limite a marcar goles sin exhibir sus particulares dotes. O a un tenor que cante una romanza de un modo plano, sin hacer gala de sus portentos vocales. O al pintor, que prescindiera del cromatismo, de la agilidad del trazo, de la perspectiva... O al actor, que simplemente ejecutara su actuación sin conferir a la misma rasgos y expresiones, verbales o no, que delineen el personaje, ciñéndose a una expresión impersonal y aburrida...

Si suprimimos lo que pudiera parecer superfluo, si dejamos de lado los recursos del idioma, nos daremos de frente con una sucesión deslavazada de palabras, que en nada ayuda a la transmisión de las ideas. Por supuesto, el lenguaje puede utilizarse de un modo barroco, embrollado, complicado a propósito; no faltan ejemplos de libros ilegibles para el común de los mortales. Ni lo uno, ni lo otro. Huelga decir que en el término medio debería encontrarse la virtud.

Por lo demás, justificar la no lectura por el uso de seis o siete expresiones quizá algo complicadas, es absurdo. Lee quien quiere. Disfruta con la lectura quien tiene esa afición. Nada hay que justificar. Y, por supuesto, es endeble excusa alegar que no se practica tan provechosa devoción por falta de tiempo. Si te gusta, lo encuentras. Siempre será mucho más sencillo proclamar que uno no lee porque no le da la real gana. Y sanseacabó.

En todo caso, y como Víctor Hugo, creo que “aprender a leer es encender el fuego, que toda sílaba deletreada brilla.” Prendido el fuego, disfrutar con la lectura es consumirse en una gozosa hoguera. Quien quiera. Si les parece.